

PRÓLOGO

Paco Fernández Ordóñez

por Felipe González

Por primera vez se intenta un análisis biográfico de Francisco Fernández Ordóñez. Bien documentado, visto con rigor y lejos de la anécdota periodística o del ditirambo. Como no es un género que se practique en nuestro país con esas características, salvo excepciones, sin duda será bienvenido.

Además, la personalidad de Paco lo merece. Por su compromiso y su aportación a la realización de la España actual, en esa exitosa transición del autoritarismo a la democracia, del centralismo a la descentralización del poder, del aislamiento a la inserción en Europa y en el mundo, de la falta de desarrollo y la cutrez cultural a la modernidad. Y también por su rica personalidad. Humanista, divertido, de fina ironía limitada por su resistencia al sarcasmo, era un hombre culto y bueno, ambas cosas en el buen sentido machadiano de la palabra.

Compartí con él, o compartió conmigo, según se mire, un tramo importante de ese proceso de transición y modernización. Desde sus primeros pasos tras la salida de INI y los inicios del posfranquismo, incluida su participación en los gobiernos de Adolfo Suárez, hasta sus intensos años como Ministro de Asuntos Exteriores conmigo, con la prórroga inesperada de sus tres últimos años de vida. Nuestro entendimiento personal crecía con el paso del tiempo, partiendo de un inicio fluido que nos permitía estar cómodos hablando de todo.

Para sus biógrafos ha llegado el momento de analizar su vida con la distancia suficiente para que no sea una crónica periodística de actualidad y se acerque a los límites de la historiografía. Para mí aún es pronto, hasta el punto de parecerme ayer la dinámica de los acontecimientos de la Guerra del 91 en Irak o de la Conferencia de Madrid entre árabes e israelíes. Pero, seguramente, es un problema mío, no del tiempo real transcurrido desde su muerte inmediatamente después.

Será por esa limitación por lo que me resisto a comentar el libro, en el sentido estricto, para contrastarlo con mi memoria o con mi percepción de lo relatado, aunque me parezca muy ajustado a los acontecimientos vividos y al propio papel de Paco Fernández Ordóñez. Será por eso por lo que trato de escapar con mis palabras orientándolas hacia la semblanza de Paco que queda en mi memoria, demasiado próxima y cargada de subjetividad.

Por eso puedo decirles que hacía política con mayúsculas sufriendo, pero sin perder la punta de humor que le permitía una cierta y necesaria distancia para situar en perspectiva el día a día de la acción. Sentía considerable alergia a los informes que procedían de los servicios de inteligencia, propios y ajenos, tal vez porque nos reflejaban las corrientes profundas y turbias de las relaciones de poder, o de la condición humana. Pero también porque pensaba que limitaban su propio criterio político sobre los acontecimientos y tendía a confiar más en sí mismo que en la información ajena.

En los últimos años de su vida ahorraba leer papeles largos en general. Informes sesudos y amplios del servicio exterior o documentos premiosos y cargados de detalles de las Comunidades Europeas. Solía decirle que trabajaba de oído y se reía. En realidad, lo que pasaba es que unía a su larga experiencia una gran capacidad para captar la información importante disponible y darle sentido para su trabajo.

Cuando los médicos que lo intervinieron en el verano del 89, comprobaron que no era posible hacer nada contra el cáncer que padecía, me dijeron que en seis meses estaría tan deteriorada su salud que no podría trabajar. Les pregunté si sería mejor para él continuar en su puesto o que lo relevara como Ministro.

La respuesta definía el carácter de Paco mejor que el sombrío diagnóstico. Vivirá mejor trabajando que dejando de hacerlo.

Me fui a verlo a su casa. Cené con él y Mari Paz. Ninguno era consciente de la situación. Mari Paz me reprochó cuando estaba muriendo que era la última que se había enterado. Paco no quería saberlo o lo sabía sin saberlo. Esa noche decidimos que continuara, con protestas pro forma de Mari Paz y teniendo en mi recámara que sería por pocos meses.

Paco se incorporó inmediatamente y pasaron seis meses, un año, dos años y más. Paco seguía, viajando como nunca, cambiando dramáticamente de peso, infatigable y lúcido. No era posible disminuirle el ritmo de trabajo, a pesar de mi insistencia para que limitara sus viajes y se mantuviera más tiempo en el despacho. Para mí, informado de lo peor, era difícil porque intentaba que no se notara la preocupación. Pero, paradójicamente, fueron los años más fértiles de su trabajo. Esa especie de prórroga de su vida, tal vez por la intensidad de su labor que le hacía olvidar sus crecientes molestias, coincidió con la caída del Muro de Berlín, la Guerra del 91, la Conferencia de Madrid, la desaparición del Pacto de Varsovia, el golpe de estado contra Gorbachov y la caída de la URSS.

Al día siguiente de la caída del Muro hablamos de ello en Consejo de Ministros y el sábado a las 7 de la mañana (era el único Ministro al que llamaba a esa hora, salvo situación extrema, porque sabía que éramos los únicos en marcha) lo llamé sin saber que viajaba a Túnez, acompañado de Roland Dumás, el Ministro de Asuntos Exteriores francés del gobierno Mitterand, para ver a Yasser Arafat. Estaba en el aeropuerto esperando la llegada de su colega francés para salir. «Me parece, como en la novela de Irving sobre Vietnam, que vais en la dirección equivocada». Empezó a reír, como solía, preguntándome por qué. «Creo, le dije, que la pomada está en Berlín y estos días hay poco que hacer en Túnez».

A continuación le pedí que hablara con R. Dumás para que convenciera a Mitterand de la necesidad de convocar urgentemente al Consejo Europeo. Me lo puso al teléfono después de comentarlo con él y me transmitió que su jefe no quería. Prefería

esperar al Consejo Ordinario de diciembre. Paco me llamó desde Túnez porque Mitterand había reiterado su negativa y de acuerdo con Dumás me pedían que fuera yo el que se lo pidiera. Así lo hice con el mismo resultado de reticencia y resistencia a convocar.

Giscard, sin quererlo, vino en nuestra ayuda saliendo en la TV francesa con una dura crítica a la Presidencia por no convocar inmediatamente al Consejo. Mitterand reaccionó con una «petit frase» de su cosecha: «Ya lo estábamos analizando en la troika para fijar el día».

Paco era decidido y respetuoso. El grado de coincidencia de criterios había llegado a límites que hacían cómodo el trabajo, incluso en los momentos de máxima tensión. Un jueves de octubre del 91, casi a las 12 de la noche, me llamó para decirme que James Baker le preguntaba desde Tel Aviv si España estaría dispuesta a organizar la Conferencia Internacional sobre la Paz entre árabes e israelíes. Añadía que había consenso entre las partes, que debía anunciar la decisión a la mañana siguiente y necesitaba la respuesta esa misma noche, porque la conferencia debía comenzar en el plazo de 10 días.

¿Qué hacemos?, me preguntó. ¿Podemos responder algo distinto a que estamos de acuerdo?, le repregunté. De nuevo su risa para decirme que sólo cabía la respuesta afirmativa, a pesar del inmenso desafío que representaba para nosotros. Pues dile que sí, ahora, y mañana te vienes una hora antes del Consejo de Ministros para empezar el trabajo.

Algunos amigos comunes a Paco y a mí, vivían obsesionados sobre el tema de cómo se procesan las decisiones importantes en la acción de gobierno. Esta muestra podría servir de referente, si se tiene en cuenta que con Paco la tarea era más fácil. Su inteligencia, su rapidez mental, su experiencia, eran un regalo para la toma de decisiones. Cualquiera comprenderá cuánto sentí la ausencia del colaborador en las tareas de gobierno, pero no tendrán una idea cabal de mis sentimientos si no saben que aún más sentí la falta del amigo.

FELIPE GONZÁLEZ
2006-11-02